

PRIETO FIGUEROA, ENTRE LO PASAJERO Y LO ETERNO

Mario Torrealba Lossi (*)

Nunca imaginamos en nuestra niñez, cuando recibiéramos clases en tercer grado de un margariteño llamado David Crecente Castillo, el porqué aquel pequeño terruño -apenas con mil ciento cincuenta kilómetros de superficie- se llamara de ese modo, Nueva Esparta, y que con ello evocara a la helénica Lacedemonia, situada a orillas del Eurotas y que fuera un Estado autárquico, basado en la rigidez y también en la rectitud de sus habitantes.

Estos mantuvieron, a través de su devenir histórico, una política de expansión y de rivalidad con Atenas, capital genuina, para entonces, de la cultura de Occidente. Cuando se quiere exaltar a un pueblo por su coraje y su valentía se le dice sencillamente: ¡Son unos espartanos!

La anterior es la primera asociación empática que experimentamos al referirnos a la figura del maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, al que se le calificara de ejemplar y honesto, como pocos, durante la campaña que el pueblo le hiciera cuando fuese candidato vencedor a la Presidencia de la República, pero que, debido a sucia maniobra, propia de un sistema ya corrompido, le impidiera a Venezuela ser conducida por tan digno y ejemplar ciudadano.

II

Y es indiscutible cómo Prieto Figueroa pertenece por derecho propio a nuestro procerato civil del siglo XX, y debido a la solidez de su rectitud cívica nos parece un lugar común afirmar que su tonalidad intelectual y humana habrá de elevarse más en la medida en que el país aprenda a revisar los valores emblemáticos que poseemos y que por desgracia han tenido que permanecer rezagados en una penumbra que ya pareciera, aunque tarde ver la luz. Como

(*) Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua Correspondiente de la Española. Silla Letra "B".

bien escribía Andrés Eloy Blanco al hablar del poeta Pedro Rivero y de su libro **El Mar de las Perlas**, la enseñanza de los margariteños es tan inmensa y compleja que parece ser de “cielo alto y redondo” o de un mar que se expande al infinito y que quiere ser también “perla encendida”.

Son muchos, muchísimos, los nombres de margariteños que han prestigiado a la Isla de las Perlas, y a Prieto Figueroa se le tiene como uno de los más eximios del siglo que acaba de concluir. Los ha habido músicos, pintores, poetas, médicos insignes, maestros, prelados, políticos de garra y hasta personajes inimitables en el arte del contrabando, como aquel Pablo Amsra que describe Lucila Palacios en su novela **El corcel de las crines albas**.

Los insulares neoespartanos representan una simbiosis del conquistador andaluz y del extremeño unidos al guaiquerí y al cumanagoto. El negro les vendría después, cuando Africa llegó para completar la trilogía del grupo multiétnico que, desde la conquista, anduvo tras el señuelo de la aventura y del hacer pueblos laboriosos, emprendedores y dignos de una recia estirpe propia y universal.

III

Todo lo anterior el maestro Prieto se lo sabía de memoria, o se lo imaginaba mucho antes de aquel día cuando Manuel Díaz Rodríguez pronunciara su discurso para encargarse de la presidencia del Estado. El gran escritor modernista -nativo de Chacao- sorprendería a quienes se congregaron para oír sus palabras de salutación en la capital de Margarita, pues en vez de hacer un elogio al General Gómez, como se acostumbraba entonces, habría de exaltar el glorioso pasado de la Isla, que, con el transcurrir de los años no sólo hubo de merecer llamarse la Nueva Esparta, sino figurar entre las regiones de Venezuela que mayor prestigio le dieron al gentilicio, gracias a sus hombres de letras, artes y ciencias, que tanta alcurnia poseen ya en el ámbito de la región como dentro de la diáspora nacional y externa. ¿No saben los lectores del prestigio que acrisolaron hombres como Joel Valencia Parpacén, Jóvito Villalba, Luis Villalba Villalba, Nicolás Eugenio Navarro, Francisco Antonio Rísquez, Francisco Narváez, Alejandro Hernández, Vicente Fuentes, Modesta Bohr, Francisco e Inocente Carreño, el padre Manuel Montaner, el poeta Luis Castro y otros no desaparecidos todavía como los hermanos Subero y el del reciente viaje -siempre ligero de alforjas- Jesús Rosas Marcano? ¿Además de Francisco Antonio Rísquez, y otros de los mencionados, tanto en la literatura, la política y las ciencias, no valdría recordar, asimismo, a Juan de Castellanos, el cronista y poeta de la rima de los siglos XVI y XVII y a Francisco Fajardo, conquistador mestizo, quien no vino al valle de Caracas a llevarse el oro que los españoles habían acumulado, sino como el modelo de un primer intento de unión entre las culturas de ambas orillas atlánticas?

Nacido en La Asunción un día de marzo de 1902 -de hogar humilde, pero hecho en la fragua de la reciedumbre y del patriótico ideal- Prieto Figueroa transitaría por los diversos caminos por donde anduvieron otros, cuya vida estuvo signada por las dificultades económicas, aunque no pocas veces colindantes con la pobreza que ha sido común entre otros grandes personajes de la nacionalidad. Como articulista, pedagogo e ideólogo polifacético, Prieto fue una conjunción de caracteres que van desde la filosofía sincrética de Gracián -aquel de lo bueno y breve, dos veces bueno- hasta las nuevas tendencias del arte y las ideas, en donde lo bello de nada sirve si no persigue un propósito noble. Nunca escogió él el camino más fácil para alcanzar notoriedad y fama, sino la vía "ancha y ajena" -ancha de alma, mas pagada por cuotas de pobreza- de Ciro Alegría, tan parecida a *Los de abajo*, del mexicano Mariano Azuela. Acerca de la justicia escribiría cierta vez cómo ésta no se aprende en los códigos, porque la toga no vale para el solo derecho a litigar, ni se carga como presea propia de los engreídos o los fatuos, sino, por el contrario, los de la lámpara de Diógenes, que procura redimir a los descarriados, regando luces y predicando justicia para los hombres y para los pueblos.

V

Si como articulista, tanto de los temas políticos, jurídicos y especialmente educativos, habría de distinguirse por la precisión de las ideas y el coraje y la valentía al expresarlas, ¿hasta dónde no alcanzaron sus otras cualidades innatas que él venía trajinando desde niño y que para 1934 alcanzaron toga y birrete en la vieja universidad? Todo propósito suyo, toda meta noble, fue para Prieto un magisterio. En uno de sus últimos artículos emulaba al maestro Simón Rodríguez, quien fuera uno de sus ductores morales.

Antes de imitar a ciegas todo cuanto nos traten de imponer desde afuera - escribía- busquemos nuestro destino en nosotros mismos, elevemos y templemos nuestras voluntades, porque arrastramos, sin percatarnos de ello, un inmenso caudal de riquezas materiales y espirituales como no las poseen otros pueblos del mundo.

VI

Al hablar de las lecturas que enaltecen a la juventud, añadía en *Joven empírate*:

Mi idea es que para la selección de las lecturas que requiere la juventud, no se puede olvidar el lugar donde se ha nacido y tampoco donde

se vive y se crece. Hay un ligamento sentimental entre la tierra y el hombre que hace posible esa vinculación con la cultura y la idiosincrasia de cada pueblo. Es cierto que muchas veces esa tierra es pobre, pero de todas maneras los jóvenes encontrarán en ella resonancias de su propio espíritu, algo de lo que está más al fondo de sus preocupaciones e ideales.

Si en un principio el maestro Prieto fue, por antonomasia, admirador de la letra impresa, sea decir, la contenida en aquel soneto de la trilogía redimida por el poeta Elías Calixto Pompa (Estudia, Trabaja y Descansa), el mejor ductor suyo lo sería el ejemplo de los mayores, en especial el que le fuera inducido por su padre, formado en humilde pero recio abolengo. Cuando iniciara sus estudios de abogacía caería en sus manos el libro titulado **El alma de la toga**, el cual impresionó a muchos cursantes de leyes durante la época de los **Casa León** (de Briceño Iragorry) y de los Pernaletes y los Mujiqitas que Gallegos pinta, como un cáncer social, de difícil terapia en **Doña Bárbara**.

VII

Mas por encima de aquella obra emblemática, Prieto creyó que jamás tuvo mejor guía que la de su propio padre, quien por cuarenta años hubo de conducir la magistratura en Margarita y terminaría la vida a los noventa, rodeado del respeto de todos sus conterráneos. Con él -dijo- visitaba la cárcel todas las semanas, para tomar constancia del tratamiento a los detenidos y para exaltar la esperanza de los que esperaban el juzgamiento de su causa.

Tengo la convicción -agregaba- de que aprendí más en estafermo ejemplar de conducir la justicia, que en todos los tratados que leí acuciosamente para graduarme de doctor en Ciencias Políticas y Sociales y adquirir el título de abogado de la República.

(...)

En mi actividad profesional del derecho -finalizaba- estuve del lado de los que buscaban justicia y la merecían, y combatí a los farsantes que sentenciaron siempre de acuerdo con sus intereses y de aquellos que podían producirles algún beneficio... ¡El combate de la justicia siempre ha sido -dijo- mi combate...!

VIII

¿Y no asocia el lector las anteriores palabras con la vehemente defensa que hizo de Salom Meza Espinoza cuando el oficialismo, ya cuatriborlado en el

sucio negocio de las tribus, pretendió emporcar la trayectoria de tan digno ciudadano? Que se medite el valiente ensayo de Prieto Figueroa, de tanta vigencia y que nos evoca el célebre *Yo acuso*, de Emilio Zolá, cuando el juicio en contra del capitán Dreyfus. Prieto demostraba, desde ese instante, cómo la justicia siempre está del lado de los poderosos porque, por desgracia, en el fallo de la historia solamente son cum laude los vencedores.

No se puede poner en duda cómo toda la obra de Luis Beltrán Prieto Figueroa estuvo concebida dentro del humanismo militante, ese que se inspira en la lucha con causa y que busca la liberación del hombre, mucho más al actual, tan sometido a la agresividad y al dominio de sus explotadores, eternos “amos del valle” y dueños de la riqueza y del poder. Alguna vez le oímos hablar del Lobo estepario, de Hesse, y nos emocionaron sus palabras acerca de la pobreza y la miseria en donde han vivido y sufrido los pueblos de nuestro continente y -en general- del llamado tercer o cuarto mundos.

IX

El maestro no creyó nunca en atavismos ni defendía la tesis positivista de Laureano Vallenilla, en el sentido de que el martillo sólo existe para golpear y hundir el clavo y mucho menos en aquella frase de que la estaca, como pregona el general Gómez, no tiene culpa alguna si el sapo brinca y se ensarta. Martillo y chompa para él simbolizaban la barbarie del gendarme de turno, en tanto que no pocas veces los venezolanos hicimos de tontos batracios que caíamos por oligofrénicos bajo la explotación de los sucesivos mandones predicadores de una impúdica y falsa democracia. El *Empínate joven* podría tomarse como una advertencia a las futuras generaciones del país.

Asimismo su *Magisterio americano de Bolívar* y el ensayo *Los maestros, eunucos políticos*, son obras que están a la espera de ser revisadas dentro de una óptica más optimista y combatiente. ¡Y cuánta, cuánta, no es la deuda que el viejo Instituto Pedagógico les debe a hombres como Mariano Picón Salas, al ministro Alberto Smith y al “espigado” y rectísimo hijo de La Asunción, de inmensas orejas, como de elefante africano para oír y demasiada inteligencia para comprender y encauzar el drama secular de los venezolanos!

X

Quienes participamos en la Comisión que aspira a que el centenario del maestro sea recordado con el júbilo y el honor propios de los grandes paradigmas

de la nacionalidad, no dejaremos de empujarnos y vencer las dificultades que tan difícil meta nos plantea. Después de un año de empeñosa lucha para lograr tal fin, que es también de los egresados de la vieja y la nueva casa matriz, nuestros corazones rebosan de optimismo porque la personalidad de tan ilustre compatriota prosigue, desde siempre, su ascenso a la intemporalidad, ya sin titubeos ni retrocesos. ¿Acaso no existe una supraconciencia del devenir histórico que sitúa a los grandes en el puesto que les corresponde por derecho humano y hasta divino? ¿Y no estuvo olvidado Cervantes hasta fines del siglo XVIII, cuando hubo de resucitarlo, como el Ave Fénix, una frase feliz de Gustavo Adolfo Bécquer?

Fueron muchos los venezolanos -margariteños en especial- los que desde las décadas del treinta y del cuarenta seguirían con atención el camino iniciado por Prieto desde cuando se iniciara como maestro de primaria en La Asunción. Casi la totalidad de las personalidades de la Isla que hemos citado ya eran amigos suyos o -por lo menos- sus admiradores y hasta adversarios ideológicos. Desde monseñor Navarro, nacido en El Valle del Espíritu Santo el 14 de noviembre de 1867, hasta Jovito Villalba, quien vino al mundo en Pampatar (1908), jamás nadie se mostraría indiferente ante la vivacidad intelectual del hijo del "viejo" Melquíades Loreto y de su joven esposa, Josefa María Figueroa González, ambos ligados, desde antaño, a las tradiciones más auténticas del terruño.

Luis Beltrán, pintado por sí mismo en su artículo "Y se trizó el espejo" (Caracas, 2 de agosto de 1988) como un personaje feo y medio estafalario, aunque nunca comparable con el Cuasimodo de Víctor Hugo, sentía algún placer en burlarse de su propia efigie, manera suya que quizás le venía de Miguel de Cervantes, el que jamás escondió que le faltaban ciertas piezas dentales, pero nunca los colmillos, tan útiles para la familia de los felinos. ¡Ay de cuanto debe temérsele a la habilidad de estos depredadores! ¡Por algo a los leones bien se les cataloga de reyes de la selva aunque ya esté desapareciendo dicha especie!

Al narrar las maneras como el joven Prieto comenzó el asedio amoroso para con la joven Cecilia Oliveira Rengel -su compañera durante sesenta y tres años- él explicaba que a comienzos de agosto de 1925, mientras se celebraban las festividades de San Cayetano, el asuntino -empedernido tenorio y además buen pico de plata- habría de conocer a Cecilia, apenas tres años menor que él. Empezó Luis Beltrán el ataque frontal que origina el tábano de la pasión y pronto el fuerte resultó con las averías propias que ocasionan los disparos lanzados. El decía que la diosa Venus siempre fue su aliada.

Desde aquel 7 de agosto de mi llegada a Caracas, tras largos años de amoríos contrajimos matrimonio Cecilia y yo el 16 de diciembre de 1933. Ocho años cabales, porque si yo proponía el enlace esperado, ella recha-

zaba siempre, ya que aspiró como acontecimiento necesario mi graduación de abogado en la Universidad Central. Sin embargo, cuando bordeaba la fecha de mi graduación, Cecilia convino en que nos casáramos antes de terminar mis estudios, el 28 de octubre de 1934. Lo que siguió fueron días de trabajo intenso y escasa paga. Aprendí a conocerla a fondo en los contratiempos en que estuvo siempre comprometida mi vida clandestina, a pesar de la dictadura de Gómez, fundación de la Sociedad Venezolana de Maestros de Instrucción Primaria, en 1932. Ella se había graduado de maestra en 1927, año en que yo terminé mis estudios de bachillerato. El estudiante fungía de maestro para las normalistas Cecilia Oliveira Rengel, Albina Noriega y Otilia Quijada; y nunca puse mayor esfuerzo en mi tarea de docente que en esta enseñanza de mis tres alumnos normalistas.

Ella -prosigue Prieto en su crónica- respetó y siguió mis ideas, porque como siempre aludía Andrés Eloy Blanco, siguiendo el decir castellano: "todos o ambos marchábamos al moler de nuestro molino..." ¡Y cuánto no sería de larga esa molienda, que duró tantas décadas!

Fue siempre la compañera, mi espejo de vida, que se trizó con el viento fuerte, pero los dos fuimos fieles a nuestras ideas y a nuestros sentimientos. Se fue un día cualquiera, pero me deja imborrables recuerdos y afectos para toda la vida.

XII

No era el "viejo" Prieto ningún Adonis, pero tampoco un jorobado a lo Víctor Hugo. Aceptaba que la cara suya no era muy lozana y que las orejas las tenía muy grandes, como ya escribíamos, imitando a las del elefante, y casi podía dirigirlas -¡vaya la exageración!- de una a otra dirección, según soplara la brisa. El pelo suyo era bastante crespo, la nariz esponjada, el cuerpo inarmónico, aunque muy erecto. Largas las piernas y tanto más los brazos, todo lo cual lo asimilaba a una no muy elogiabile fisonomía.

A esto podíase agregar un tono de voz que oscilaba entre el corno inglés y el bombardino. Pero Cecilia, cuando alguien, para "picarla", criticaba la "fealdad" de su marido, había de contestar así:

- "Yo no veía su cuerpo ni su cara, veía hacia adentro y descubrí en él un alma noble y generosa, y sobre todo preocupado por ser, que es la única de expresar al ser humano en forma. La belleza física puede ser -y es transitoria, el tiempo la va borrando y es capaz de destruirla".

En cambio las bellezas interiores -completaba Prieto en su artículo- se proyectan más allá del lugar donde están situadas y de la época en que se vive. Esta frase la oí muchas veces de ella y a mí me complacía que el amor de mi vida, mi espejo claro, pensara de esa manera.

¿Y acaso -añadimos nosotros- no fueron los franceses del romanticismo quienes cambiaron la idea sobre la belleza? ¿Qué fue de aquellas damas, de sus perfiles excelsos y de sus tocados de que hablaba Jorge Manrique en la elegía dedicada a su padre, don Rodrigo? ¿Y qué de la Florinda invernal de Andrés Eloy Blanco, la que no supo aprovechar las delicias del amor, tan ni siquiera en su período otoñal?

XIII

Tal nos lo han contado sus hijas y sus sobrinos los Espinoza Prieto, el maestro suplía la tosquedad física por cierto glamour muy íntimo y espiritual. La crónica que escribiera sobre su hermana María Secundina, fallecida en septiembre de 1983, nos pareció, al leerla, como un hermoso poema elegíaco, lleno de gran hondura de alma.

La mano tejedora -decía él- tronchó el hilo sobre las dos agujas puestas en cruz encima de tu costurero. Tu labor jardinera de rosas y astromelias, de los materos colgantes terminó para siempre, pero sobre tu tumba nunca faltarán flores de tu sombra de olores en el patio, que con luz de luceros pondrá fulgores en tu noche tenebrosa. ¡Entrañable hermana! Hasta el rincón oscuro de tu sepulcro vuela mi recuerdo como mariposa inacabable y vivo.

Y reza la estrofa, evocadora de castellana estirpe:

*Si tienes que dar
tiende la mano,
la dádiva se va,
mas tornará mañana.*

XIV

Si como escribió Antonio Machado, “caminante no hay caminos...”, las rutas y metas cumplidas por Luis Beltrán Prieto Figueroa comprenden numerosísimos rumbos, difíciles de abarcar para el lector o exegeta común. Según Jorge Maldonado Parilli, autor de *Gente de Venezuela*, el ilustre hijo de

Margarita fue maestro por excelencia, desde sus primeros años hasta cuando la sucesión de marzos bien cumplidos le nevaron la cabeza, siempre lúcida y eriguida. Si hurgamos en su juventud, ésta sería de una constante lucha que se levantaba por encima de los contratiempos y los vencía. Un poco mayor que la generalidad de los estudiantes del veintiocho, unió sus esfuerzos a ese movimiento -como también lo hicieron Luis Barrios Cruz, Antonio Arráiz y Pío Tamayo- y trascendería en dicho grupo, debido a la voluntad e inteligencia, que en él brillaron esencialmente por lo metódico y tenaz de su espíritu.

Alguna vez le oímos decir a Ismael Puerta Flores que Prieto era un innovador por antonomasia y que del pasado sólo le interesaba lo trascendente. “Mi combate -siempre repetía- es el de la justicia y a ella dedicaré todos mis esfuerzos”.

Del mundo clásico, lo entusiasmaban las ideas aristotélicas sobre la concepción del Estado, y de Sócrates y Platón su ideario filosófico, tan consustanciado con las bases del humanismo y la pedagogía, en cuyos campos el maestro se presentaba como seguidor de las luces y virtudes preconizadas por Simón Rodríguez. Nunca se disgustaba cuando las beatas lo catalogaban de “ateo” pero, como cierta vez hubo de reconocerlo, mantenía buenas relaciones empáticas con la virgencita de El Valle del Espíritu Santo, patrona de todos los margariteños. Algunos lo llamaban “come cura” y sin embargo él le insuflaba ideas socialistas a monseñor Pellín y al padre Manuel Montaner, a fin de que éstos se lucieran los viernes santos, con las “Siete palabras”.

¿Y el Rabí de Galilea -decía- que buscó a sus discípulos entre los bienaventurados, los humildes y los mansos de corazón, no atrajo a la humanidad mucho más por ser hombre que por ser el hijo de Dios? ¿No nos lo traza Unamuno en la magistral pintura de Velásquez sufriendo, con un rictus indescriptible y amargo que pareciera una tortura como las que nos presenta el Dante en las horribles escenas del Infierno?

XV

Fueron muchos -imposibles de contar- los libros y artículos de prensa escritos y publicados por Prieto Figueroa desde los tiempos de su inquieta y febril juventud. Conjuntamente con los temas de psicología y pedagogía, cultivados a través del temprano ejercicio de la cátedra, los hermosos poemarios con los cuales sorprendiera a la más exigente crítica venezolana e hispanoamericana. Un dilecto amigo nos comentaba en 1988: “El ‘viejo’ ha resultado también poeta y domina el verso libre con una profundidad y maestría impresionantes...”.

Debido a esos méritos -no a sus ideas de dirigente político- hubo de ingresar al cenáculo de la Academia Venezolana de la Lengua. Cuando amigos suyos se preguntaban cómo ocurrió dicha metamorfosis, el margariteño saltaba enérgico y argüía: “¿Metamorfosis?, yo te aviso... Ya era poeta desde chiquito y soñaba, al contemplar las estrellas, con las noches serenas de Fray Luis de León”.

*El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando...*

XVI

Prieto publicó, durante la llamada “tercera edad vital”, todos sus libros de poesía. Pero ningunos otros, a nuestro modo de entenderlo como lírico, superiores a **Mural de mi ciudad**, elogio suyo para La Asunción, ...**Aire de azul y viento** y **Verba mínima**, este último traducido a otros idiomas, inclusive al ruso. Cuando alguna vez él venía de Panamá por avión, a través de la ventanilla del aparato pudo divisar, a lo lejos la sierra nevada de Santa Marta y desde ese instante exaltaría en verso al Libertador, cuyo sacrificado magisterio en pro de la libertad de América le inspiraba una pieza binaria, mitad dedicada a la alta sierra, mitad simbología en tributo al héroe caraqueño.

En otro orden, cabe recordar también la delectación que le inspiraban los llamados libros surrealistas -**Barco de piedra** y **Bacdequer 2000**- de Andrés Eloy Blanco, tan exaltado por Prieto en un magnífico y variado ensayo de los tantos que escribiera.

No sólo se sentía atraído por el Andrés clásico, sino por el otro, el de los retozos metafóricos e imaginíficos. Cierta vez nos repitió, de las **Coplas del amor viajero**, aquella cuarteta en donde la Luna, con su abierto escote, se la imagina Blanco como amamantando al retoño, sea decir al niño humilde que tantas veces nace, pero que pronto se muere por causa del paludismo, la anquilostomiasis y la desnutrición, tan comunes en nuestros países. Y repetía Prieto la cuartetilla del cumanés:

*Luna de abril descolada,
con aguasal circunscrito,
desnuda con desnudez
pura, de pecho con niño...*

XVII

Otra pieza del sucrense que habría de interesarle a Prieto como tema para una glosa periodística sería el famoso soneto **A Florinda en invierno** cuyo texto aparece incluido en **Poda**. “A Florinda como personaje real -nos contaba Ismael Puerta Flores- la halló Andrés Eloy en Barcelona (Anzoátegui) y parece que entre ellos -Blanco y Florinda-hubo un amago de romance. Y es probable que “al hombre que te habló de amores”, pudo haber sido Andrés Eloy, muy enamorado y galante por lo demás”.

XVIII

Contaba Prieto, en un fragmento de su ensayo **Tejer y destejer** que Lola Blanco Meaño, la hermana del poeta con mayores tendencias hacia la cultura literaria, le hablaba al margariteño acerca de cómo ocurrió el nacimiento de dicho soneto.

Después de haber recibido el premio, en Madrid, por el triunfo del **Canto a España**, el padre de la familia, don Luis Felipe Blanco, Andrés Eloy y ella, se trasladaron a París. Era el invierno de 1924 y un día cualquiera Andrés les dijo que “había soñado un poema” y que iba a escribirlo. Poco después les leería el conocido texto, de neta factura clásico-romántica.

Según afirmaba Prieto Figueroa en su crónica periodística, aunque el *leit motiv* de “A Florinda en invierno” era sumamente bello, el asunto ya había sido tratado por Garcilaso de la Vega en el soneto número veintitrés que comienza: “En tanto que de rosa y azucena / se muestra la color en vuestro gesto...”. Para el erudito español Tomás Navarro Tomás, dicha inspiración constituía uno de los tópicos universales, como es el de la juventud y la belleza, que el implacable tiempo siempre destruye. En algún ensayo nuestro, dedicado al origen y evolución de la lírica griega antigua, señalamos cómo Anacreonte y Píndaro se tropezaron, aunque ligeramente, con el mismo tema.

Lo cierto es que la magnífica exégesis de Prieto Figueroa daría pie para varios artículos, en los cuales intervinieron, además, don René De Sola, Ignacio Iribarren Borges, Armando Alarcón Fernández y el autor del presente libro. De Sola publicaría un artículo, inspirado en Ronsard, titulado “Con el amor no se juega” y por su parte Iribarren escribiría otro basado en el espíritu semipagano del Renacimiento europeo, en especial el de Francia e Inglaterra durante los siglos XVI y XVII.

Tal observaba Teófilo Gautier, un poco más tarde: “Le alquelette était invisible aux temps heureux de l’art païen”. A lo anterior agréguese que “lo que ha de

venir es inseguro y que la juventud, desde la época de Li Tai Po, es cosa que no ha de durar...”.

XIX

Prieto aludía en su artículo, al finalizar, de este modo: “Hablando de las posibles influencias de los poetas latinos y de los españoles, tanto en Andrés Bello como en Lazo Martí, asienta el profesor Mario Torrealba Lossi que los poetas se parecen siempre. Mucho más cuando cantan las mismas cosas, exaltan los mismos valores y experimentan iguales amarguras...”.

Y no dejaba de estar en la razón el margariteño, porque eso mismo le ocurriría a él cuando escribió y publicó su **Mural de mi ciudad** y su **Isla de azul y viento**, poemarios que, en líneas generales, se parecen a los escritos por Pedro Rivero, Vicente Fuentes y Eloy Lares Granada. En todos ellos aparecen los sentimientos de afinidad, de apego a la patria chica y a su glorioso pasado. El mar -en dichos autores- es una constante y las cosas menudas, las que exaltaba Azorín en **Las confesiones de un pequeño filósofo** y más todavía en **Lo invisible** (1927) son las que impregnan nuestra alma, a veces imbuida o tocada por la desilusión. “El escritor -afirmaba Martínez Ruiz en su ensayo de 1941-, debe ser un ente inconforme, porque si la universalidad lo expande y diluye, el solar nativo tiende a vitalizarlo y robustecerlo en su ser interior”.

Por otra parte, la fugacidad de la vida y los temas del amor nunca resultaron originales ni para Andrés Eloy ni para nadie. Lo propio, lo atrayente, está en la tierra de donde se viene. Por eso Barrios Cruz gozaba tanto con aquel “¡Campo venezolano, creo en ti; campo venezolano, voy hacia ti; campo venezolano, estoy en ti...!” ¿Y habrá mejor muestra de amor telúrico?

Para concluir con lo de Florinda, el poeta Armando Alarcón Fernández cerraba el conjunto de juicios mediante un soneto suyo, en el cual, luego de dolerse porque anteayer en la imagen ya desvaída de la bella joven de antaño sólo auscultó los destrozos ocasionados por el paso de los años, decía así: “Qué fue Florinda de tu abril hermoso / en dónde tu desaire glamoroso / a la protesta del amor eterno... Adiós Florinda, en el confín brumoso / desdibuja el recuerdo de aquel mozo / para el instante del postrer invierno...”.

XX

Empero, insistiendo en otras cualidades de la personalidad de tan eminente compatriota, no podemos dejar al margen ciertos aspectos del llamado *homo*

civilis que él desarrollaría con la fuerza y vehemencia de su indeclinable altivez. El maestro destacaría, también, como ideólogo de la política y en cuanto a la praxis, su obra no deja de poseer una gran originalidad. Fue miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno que sucedió a la administración del general Medina Angarita, a quien la dinámica histórica del país juzga hoy día dentro de una concepción de mayor ecuanimidad y justicia. Y esto nos lleva al siguiente dilema: ¿Valía la pena esa abrupta insurgencia del 18 de octubre de 1945? Por ahora creemos que resulta prematuro aún tocar el meollo de tan espinoso y complejo asunto.

La vida para Prieto Figueroa fue como un constante combate -tal dijimos ya-, pero un combate siempre a favor del pueblo, sea decir, de los humildes. El creía en los partidos democráticos, pero sus metas iban más allá, hasta el socialismo, quizás -o sin quizás- dentro de lo sustantivo y humano del pensamiento de Marx y otros grandes ideólogos modernos.

Bastaría pensar en lo que significó para Venezuela la creación del Instituto de Cooperación Educativa -obra suya- y su tesis sobre una auténtica reforma agraria, muy distante en profundidad y realismo de aquella que a comienzos de la década del sesenta se nos quiso presentar como "redentora" de nuestros campesinos, lo que resultó un fiasco. En un artículo escrito por Prieto el 4 de mayo de 1978, se pronunciaba -tajante- por una verdadera reforma de la hasta entonces reforma agraria. Y decía:

La reforma agraria cobra sentido y valor cuando al entregarle la tierra al campesino buscamos con ello cambiarle los hábitos tradicionales que le convirtieron de ser humano en bestia, enseñarle a pensar en su propio destino de hombre y en el valor de la cultura en la vida de las comunidades... La reforma de la reforma agraria ha de convertirse en el punto de arranque de un proceso integral de transformaciones, de crecimiento económico y social, que incorpore a la vida de la nación y al proceso de productividad a las colectividades marginales, que tenga hábitos productivos rudimentarios y capacidades limitadas para influir en el proceso económico y social de nuestro país.

XXI

Indudablemente, la personalidad intelectual de Luis Beltrán Prieto Figueroa abarcó -como hemos insinuado antes- "los más disímiles campos del saber. Cuando, en el futuro, se la analice con mayor profundidad, este modesto exegeta de ahora, ya inexistente, habrá de figurar entre quienes comenzaron a juzgarlo como un adelantado. En Prieto no sólo hubo similitudes entre el pensador y el

hombre, sino que él se le muestra a Venezuela y a América como un gran estuario en donde confluyeron múltiples afluentes”.

“Sébase -concluimos siguiendo sus palabras- que la historia no concluye sino cuando la libertad y la justicia, como quiso el Rabí, reinen sobre la tierra. (Camino largo y lleno de abrojos/ según el verso de César Vallejo!”

Y terminemos con un pensamiento del filósofo argentino Alejandro Korn (1860-1936), del cual, tanto el maestro Luis Beltrán como su amigo el uruguayo Sabás Olaizola, actualizaron muchas de sus ideas acerca de la libertad de conciencia y la libertad creadora.

El mundo objetivo -escribía Korn- obedece, sí, a normas necesarias mientras que el mundo subjetivo es libre. En el segundo actúa la voluntad. Frente al mecanismo físico se yergue el yo autónomo. Pero su libertad es de querer. Así como el sujeto pretende sustraerse a la coerción para alcanzar sus propios fines, también quiere emanciparse de sus propias condiciones: impulsos, afectos, yerros. El conocimiento cierto debe ser condicionado por la libertad creadora, pues ella es la única que propende a la futura redención del hombre por la libertad...

Y Luis Beltrán Prieto bien entendió que sólo la libertad -alimentada por el derecho, la Justicia y la armonía- es la base para que el hombre se libre de sus fantasmas ancestrales y siga representando la imagen de lo pasajero y de lo eterno.

Bibliografía básica

- Prieto Figueroa, Luis B. "Anatomía de una revolución". *El Nacional*, Caracas, 31 de octubre de 1972.
- **Apuntes de Psicología** (Texto para la enseñanza Secundaria y Normal). (varias ediciones). Caracas, s.f.
- "Azúcar amarga". *El Nacional*, Caracas, 14 de octubre de 1969.
- **Del hombre al hombre**. Caracas, 1977-78.
- **El magisterio americano de Bolívar**. Edit. Arte, Caracas, 1968.
- **Empínate joven** (dos ediciones). Caracas, s.f.
- "Esta casa que vence la sombra". *El Nacional*, Caracas, 8 de noviembre de 1977.
- "Hacia el fin de la era escolar". *El Nacional*, Caracas, 21 de noviembre de 1972.
- "Jesús Alfaro Zamora". *El Nacional*, Caracas, 1° de marzo de 1977.
- "La lección del petróleo". *El Nacional*, Caracas, 30 de junio de 1970.
- **La magia de los libros** (dos ediciones). Caracas, s.f.
- "La reforma de la Reforma Agraria". *El Nacional*, Caracas, 4 de mayo de 1978.
- **Los maestros, eunucos políticos**, (varias ediciones). Caracas, s.f.
- "Los niños y los juguetes", *El Nacional*, Caracas, 23 de diciembre de 1969.
- "Los pobres y la educación". *El Nacional*, Caracas, 29 de septiembre de 1970.
- "Mi hermana Mana Secundina". *El Nacional*, Caracas, 16 de septiembre de 1983.
- **Mural de mi ciudad** (poemas). Caracas, s.f.

- “Ni moral ni luces”. *El Nacional*, Caracas, 11 de julio de 1978.
- **Pido la palabra**. Editorial IPAS-ME, Caracas, 1996.
- **Psicología y canalización del instinto de lucha**. Biblioteca Popular Venezolana, N° 101, Caracas, s.f.
- “Rómulo Gallegos, maestro de Escuela”. *AD*, N° 319, Caracas, 5 de septiembre de 1964.
- **Verba mínima** (traducido al ruso). Caracas, Moscú, marzo de 1978.
- “¡Y se trizó el espejo!” *El Nacional*. Caracas, 2 de agosto de 1988.
- **Del ideario pedagógico venezolano**. Ministerio de Educación, Caracas, 1967.
- **Poesía margariteña**. Caracas, 1967.